

Lo Vital en la Guerra Contra López

Por A. W. Maldonado

Lo más importante de la guerra del gobernador Romero Barceló contra Franklin Delano López es que revela —una vez más— el concepto que tiene Romero del uso del poder.

El conflicto se ha convertido en persecución. De una manera tan extraordinaria que ciertamente nunca antes se había visto en Puerto Rico, Romero está persiguiendo a López. Lo está atacando casi diariamente. Ha insistido, públicamente, en que López se vaya de Puerto Rico. Se ha convocado al liderato del Partido Nuevo a toda clase de reuniones, incluyendo una en el pueblo de Arroyo, para denunciar a López. Se ha exigido al liderato del PNP que venga a La Fortaleza para firmar una resolución denunciando a López.

Decir que Romero está "furioso" es decir poco. Romero no quiere meramente sacar a López de la presidencia del comité demócrata local, sino que quiere aplastarlo.

Y lo importante es que revela lo que caracteriza a Romero, como líder político y como gobernador.

Hace poco más de un año el pueblo de Puerto Rico, quizás por primera vez, vio claramente esta manera de actuar. De una forma brutal, Romero despidió a Mariano Mier como presidente del Banco Gubernamental de Fomento. Lo hizo por televisión. Fue una venganza. Mier, dijo Romero, había hablado "demasiado" sobre la terrible controversia en torno a los conflictos de intereses de Andrés Guillemard, el amigo íntimo de Romero.

Mier había sido, casi por consenso unánime, un buen funcionario público —algunos decían que uno de los mejores en toda la administración de Romero. Ocupaba quizás la posición más delicada en todo el Gobierno: el Banco de Fomento es la institución que brega con todo el crédito del Gobierno de Puerto Rico, miles de millones de dólares. Y dentro de la administración, se sabía que Mier se había dedicado a defender a Romero de errores cometidos por otros jefes de agencias —algunos de ellos de importancia.

Pero Mier cometió un "error mortal". Contestó, con la verdad, la pregunta de un periodista sobre el conflicto de intereses de Guillemard. Para Romero, algo imperdonable. La "pena máxima". Lo botó ante los ojos de todo el pueblo de Puerto Rico.

Para fines de abril, el director del periódico El Nuevo Día escribió una columna describiendo su "agonía" personal por no haberle dicho a los lectores de su periódico que Romero no estaba diciendo la verdad sobre el caso de Cerro Maravilla. Utilizando un lenguaje fuerte, Roberto Fabricio, un periodista cubano-americano que vino de Miami, describió en detalle una reunión en privado que tuvo con Romero, donde él, Fabricio, se dio cuenta de que el Gobernador no decía la verdad.

Lo importante de esta columna es que describe la furia de Romero contra el periódico San Juan Star. Romero, dijo Fabricio, lanzó el periódico contra el piso, echando pestes contra el diario. Y la furia de Romero no era porque el Star hubiera publicado algo falso, sino porque consideraba que la intención del periódico era "maliciosa".

"...lo más importante de esta guerra es lo que revela sobre Romero".

Ahora vemos al gobernador de Puerto Rico dedicado a aplastar a Franklin Delano López. Y ¿qué exactamente hizo López? Romero dice repetidamente que "traicionó" a los demócratas de Puerto Rico. Nadie cree que esto explica su furia contra López. Para Romero, la "traición" ha sido contra él.

Para Romero, toda la jugada de López con el presidente Carter era para darle a él, Romero, el control absoluto del comité demócrata de Puerto Rico. Romero quiso usar este control para coquetear con Kennedy cuando parecía que Carter no tenía oportunidad alguna de ser nominado. López le dijo que no a Romero. Y esto no se podía tolerar.

Romero decidió darle una lección, no solamente a López, sino al propio Presidente de Estados Unidos. Por supuesto, Carter respaldaba a López. López estaba probando, diariamente, su lealtad al Presidente, mientras Romero y el liderato del PNP estaban negociando con la gente de Kennedy. Por supuesto, Carter no iba a permitir que Romero controlara los 9,500 empleos

del censo federal en Puerto Rico. Carter, un político duro, no le iba a entregar ese gran poder a un hombre y un partido que estaban amenazando con irse con Kennedy.

El mensaje que Romero le quiso enviar a Carter no pudo ser más claro:

Mire, señor Presidente, el que manda aquí en Puerto Rico soy yo, Romero Barceló. En el momento en que yo decida hacerlo, cojo a Franklin Delano López en mi mano y lo aplasto. Cualquier cosa que usted quiera en Puerto Rico, venga a donde mi, y no a donde López. ¿Entiende? Y si usted tiene dudas sobre lo que le digo, mire hacia mi mano derecha. Vea con sus propios ojos lo que le estoy haciendo a su amigo López".

Bueno, ¿qué significa todo esto?

Romero revela tendencias dictatoriales.

Su pelea con López tenía algún sentido al principio. Desde su punto de vista, era mejor no entregarse totalmente a Carter sino utilizar los 41 votos puertorriqueños en la convención demócrata para negociar. Romero podía argumentar que esto beneficiaba más al "ideal de estadidad".

Pero todo esto ha cambiado. Ahora, debido a la crisis de Irán, Carter parece tener una buena oportunidad de ganar tanto la nominación como la reelección. Kennedy, por su lado, se ha alineado con Hernández Colón y el Partido Popular.

Lo que le conviene a Romero, parece obvio, es echar a un lado su lucha con López y juntos respaldar a Carter en las primarias de marzo.

Pero no. Tener tendencias dictatoriales significa, precisamente, nunca permitir que nadie se te ponga de frente. Siempre hay que probar que yo soy el que manda aquí! Y significa aplastar a cualquiera que se atreva a no aceptarlo.

En el caso de Mariano Mier, en el de Fabricio (El Día, poco después de su columna, despidió a Fabricio), y ahora en el de López, Romero ha demostrado tener un concepto del poder de mano de hierro, un concepto sumamente peligroso para Puerto Rico.

El comité de Kennedy, cuando estaba decidiendo cómo organizar su campaña en Puerto Rico, se dio cuenta de esto. Tenemos que creer que el presidente Carter, y la gente de su campaña, ya se han dado cuenta de esto. Queda la pregunta de si el pueblo de Puerto Rico acepta, o rechazará, este concepto del poder.